



Ionesco: «La gente hace revoluciones por la libertad y la justicia, y, en nombre de ambas, instala la injusticia, la tiranía y la miseria».

## DIALOGO POLITICO CON EUGENE IONESCO

José Monleón

(Está llena la sala principal del Ateneo, con gente de pie junto a las puertas, con personas sentadas en torno al estrado. Están llenos los salones anejos de quienes siguen la conferencia a través del circuito cerrado de televisión. Hay docenas de fotógrafos. Y el que habla es escuchado con respetuoso silencio. Se trata de Eugène Ionesco, y el título de su conferencia es «A quoi bon la culture?», que quiere decir algo así como ¿para qué la cultura?, pero con un matiz peyorativo intraducible.

La tesis de la conferencia es la que subyace, por ejemplo, en el «Macbett» del autor, o, mirando más para atrás, en su «Rinoceronte». Nuestra civilización ha llegado a tales términos, que todas sus alternativas son igualmente catastróficas. Existe tal afán de poder, una tal necesidad de dominio del hombre por el hombre, que toda propuesta política acaba traicionando sus posibles presupuestos generosos para convertirse en tiranía. No, la posición de Ionesco no es, como algunos han escrito, la tradicional tercera vía de quienes están contra las derechas y las izquierdas. Sus ideas son bastante más amargas y radicales. Todos los políticos, desde los concejales de cualquier Ayuntamiento a los Presidentes de la República y Jefes

de Estado, son unos paranoicos. El socialismo esconde la dictadura de una minoría de burócratas. El capitalismo, diversas formas de tiranía. El Estado, a un enemigo de la libertad y del hombre. Como mostraba en su famoso «Rinoceronte», las calles del mundo se han llenado de una sociedad bestial, en la que sólo Berenguer merece respeto. ¿Berenguer? ¿Ionesco? ¿Y por qué no yo, tú o él? ¿O habrá un solo Berenguer en este mundo? ¿Serán Rinocerontes cuantos llenan el Ateneo y le escuchan en silencio? ¿Por qué mi afán en dialogar con Ionesco? ¿Por qué TRIUNFO? ¿Para qué el esfuerzo en entender a los demás y en ser entendido?

Hay en la posición de Ionesco un aspecto crítico importante. Su voz tiene algo de alerta contra cualquier canto de sirena; de reafirmación de la libertad, la imaginación y la lucidez como partes del compromiso. De denuncia de la gran porquería fundamental tantas veces disfrazada de paloma o de cordero. En este punto, se podrá estar o no de acuerdo con las conclusiones de Ionesco, con su análisis de la Historia, pero, evidentemente, es

un estímulo. Dónde Ionesco se convierte en un personaje seriamente cuestionable es en el tono apocalíptico de sus condenaciones. Si nuestro mundo es inhabitable, y no tenemos otro, bien se entiende que a Ionesco, uno entre nosotros, le preocupe su estado; como a tantos millones de hombres, que quisieran cambiarlo. Si a Ionesco le inquieta que, entre esos millones de hombres, los haya que entiendan utópica o fanáticamente el cambio, está, uno más entre nosotros, en su perfectísimo derecho. Lo que ya no se ve claro es que nuestra civilización sea, a la vez, un desastre por nuestra culpa y un desastre irremediable. Al margen de los idealismos, de las falsas recetas absolutas, todos tenemos derecho a ocuparnos de nuestro mundo. Y, en definitiva, quizá Ionesco, al absolutizar su pensamiento, al profetizar el apocalipsis, viene a apuntalar esa civilización que condena.

De estas reflexiones quería yo hablar con Ionesco, para no caer en falsas interpretaciones de su pensamiento, en manipulaciones involuntarias de unas ideas que nadie tiene derecho a manejar con li-

gereza. No era fácil conseguirlo, porque Ionesco sólo ha estado tres días en Madrid, y antes de la conferencia ofreció la consabida rueda de prensa. Fue, sin embargo, posible. Gracias a Paco Nieva y a la buena disposición del dramaturgo.)

**JOSE MONLEON.**—Su conferencia, Ionesco, ha atacado a todo el mundo. A veces, nombrando a los acusados; a veces, sin nombrarlos específicamente. Quizá por ello se presta a ciertas desvirtuaciones. Basta que quienes no han sido nombrados reproduzcan los párrafos que conciernen a sus contrarios. Pienso, además, que el énfasis que se pone en decir que usted ataca por igual a la derecha que a la izquierda es equívoco, puesto que algo semejante viene diciendo la ultraderecha del mundo desde hace bastantes años. Por ello, tal vez valdría la pena que intentáramos establecer los puntos básicos de su pensamiento.

**EUGENE IONESCO.**—Tengo horror a las posiciones simplistas. Y eso es lo que sucede en este momento. Hay que estar a la derecha o a la izquierda. Yo creo que mi posición es bastante más compleja y matizada. Por eso no acepto el juicio de los que sólo buscan saber de qué causa somos soldados.

## «Hemos llegado a un punto en el que ya no existe ninguna solución».

J. M.—Quizá decir, sin más, que usted no está ni a la derecha ni a la izquierda no signifique gran cosa. Ese sólo puede ser el punto de partida, porque, lo quiera o no, por más observador que usted se sienta del mundo, en algún sitio tendrá que estar...

E. I.—Todas las soluciones aportadas han sido catastróficas. Ya no se puede ser stalinista. Ya no se puede ser marxista, porque el marxismo es una religión acabada. Y, al mismo tiempo, no podemos estar con la derecha.

J. M.—Quizá no sea lo mismo el marxismo que el Partido Comunista, y cuando usted habla de religión acabada, se refiere a determinadas interpretaciones mesiánicas que ciertos grupos han hecho de aquél. ¿O no?

E. I.—Yo creo que el stalinismo, es decir, la aplicación histórica del marxismo, ha sido una catástrofe. Hace ya quince años que los principales sociólogos, economistas y matemáticos franceses están de acuerdo sobre el fracaso del marxismo como filosofía total. Sus afirmaciones no han sido probadas científicamente. Podríamos tomar como ejemplo la posición de Stalin frente a ciertas concepciones de la biología. Stalin rechazó la teoría de Mendel, que es, científicamente, la más exacta, y le opuso la de Lisenko, por entender que esta última, que defiende el principio de lo adquirido, estaba más acorde con el marxismo que las concepciones de Mendel sobre la herencia. Yo creo que el marxismo sobrevive porque es una posición pasional y utópica. Y son las utopías las que hacen marchar el mundo. Si en Francia, después de considerar al marxismo filosófica y políticamente acabado, éste ha renacido, se debe, sobre todo, a Althusser, que recomendó una relectura de sus textos fundamentales y le dio una nueva vida, como Jacques Maritain había hecho entre las dos guerras con el tomismo. El marxismo, admirable como utopía absolutamente pasional, falla al querer presentarse como una realidad científica. Los marxistas se pasan el tiempo hablando de análisis científico, cuando, en realidad, su filosofía es una entre tantas otras, una ideología más, y no necesariamente la verdad.

J. M.—Esa es una discusión, sin duda, importante, y a un determinado nivel intelectual. Pero creo que un tanto ajena a su perspectiva apocalíptica de la Historia. Podríamos aceptar, por ejemplo, que millones de personas simpatizan en el mundo con el marxismo sin entrar en ese debate. Quizá piensan, simplemente, que la riqueza está mal repartida, que la explotación es un hecho, que conviven la miseria y la sobreabundancia, y encuentran en el marxismo determinados postulados en que apoyar su

voluntad de alcanzar una sociedad más justa. En última instancia, el error puede corregirse. Y eso parece mejor que asomarse al balcón a ver el apocalipsis.

E. I.—El marxismo es un mesianismo en la línea del pensamiento judío. El hecho de que Marx fuera judío tiene su importancia. Trasladó a su filosofía muchos de los mitos del Viejo y del Nuevo Testamento: el mito ascensional es el progreso; el futuro feliz, la eternidad; la ciudad perfecta, la nueva Jerusalén, y así sucesivamente. Quizá su error ha sido querer que todo ello fuera científico, cuando, en estado de mito, de efectividad, tenía mucha más fuerza, más verdad. Es decir, que habría sido más verdadero de aceptar su subjetividad.

J. M.—Quizá la disyuntiva no sea tan radical como usted la plantea. Del rechazo del marxismo no sur-

se interesa por cualquiera que le dé soluciones. Yo soy un escritor de teatro. Hace unos quince años estuve en el Brasil. Fui en barco. Al pie mismo de la pasarela, rodeado de maletas, aun antes de secarme el sudor de la frente, los periodistas comenzaron a hacerme preguntas: «¿Qué piensa usted del marxismo?». Yo contesté: «Es una filosofía». Luego: «¿Qué piensa usted del capitalismo?». Incómodo, repuse: «Evoluciona». Estaban, sin duda, decepcionados. «¿Cuál es su concepto de la vida y de la muerte?». Y tenía que contestar en seguida, en dos minutos, con cuatro palabras. Les dije que necesitaría mucho tiempo para darles un comienzo de respuesta. Recuerdo que luego me preguntaron algo más fácil: «¿Qué opina usted de la mujer brasileña?». Esta vez pude contestar tranquilo: «Es la más hermosa del mundo».



La conferencia de Ionesco en el Ateneo despertó gran expectación. La sala estuvo abarrotada, y muchos siguieron el acto a través de un circuito cerrado de televisión.

ge necesariamente el escepticismo político. Podría suceder, además, que el marxismo, como filosofía global, como sistema científico, fallara en este o aquel extremo, y que, sin embargo, en el análisis de la sociedad de nuestro tiempo, contuviera una serie de puntos en los que muchas gentes hubieran encontrado el estímulo progresivo que no ven en otras propuestas. No se trata aquí de defender el marxismo, sino de señalar hasta qué punto la generalización intelectual que usted hace puede apartarle de consideraciones concretas sobre situaciones también concretas...

E. I.—Ya le he dicho que el marxismo es un motor pasional. Yo no soy filósofo ni especialista en marxismo. Pero lo que es apasionante y conmovedor es ver que la gente

J. M.—Prescindiendo de ese simplismo imbécil, creo que es necesario considerar la situación en que cada uno se encuentra. Hay un sector, sobre todo en Occidente, que puede contemplar la vida con cierta comodidad, satisfechas sus necesidades, disfrutando de un medio intelectual relativamente libre, nunca apremiado por la urgencia de comprometerse en ningún tipo de acción. Pero en otros lugares —e incluso en los mismos lugares, pero a otras personas— no sucede así. No se trata, pues, de simplificar las cosas escudándonos en toda esa gente que busca soluciones elementales. Su mujer me hablaba hace un rato del viaje que ustedes hicieron a Colombia y del horror que les causaban los niños que se comían las sobras del restaurante.

Habría en ello una diferencia de situación que nos obliga a ser extremadamente prudentes cuando hablamos de las necesidades de los demás. Es un lugar común, pero cierto: millones de gentes se mueren de hambre y lo pasan muy mal, mientras los intelectuales caemos en la tentación de creernos la medida del mundo. Para todas esas gentes es urgente conquistar bastante de lo que para nosotros, por cotidiano, apenas tiene valor. Es ahí donde la implícita condena que usted hace de todo intento de cambio podría estimarse injusta...

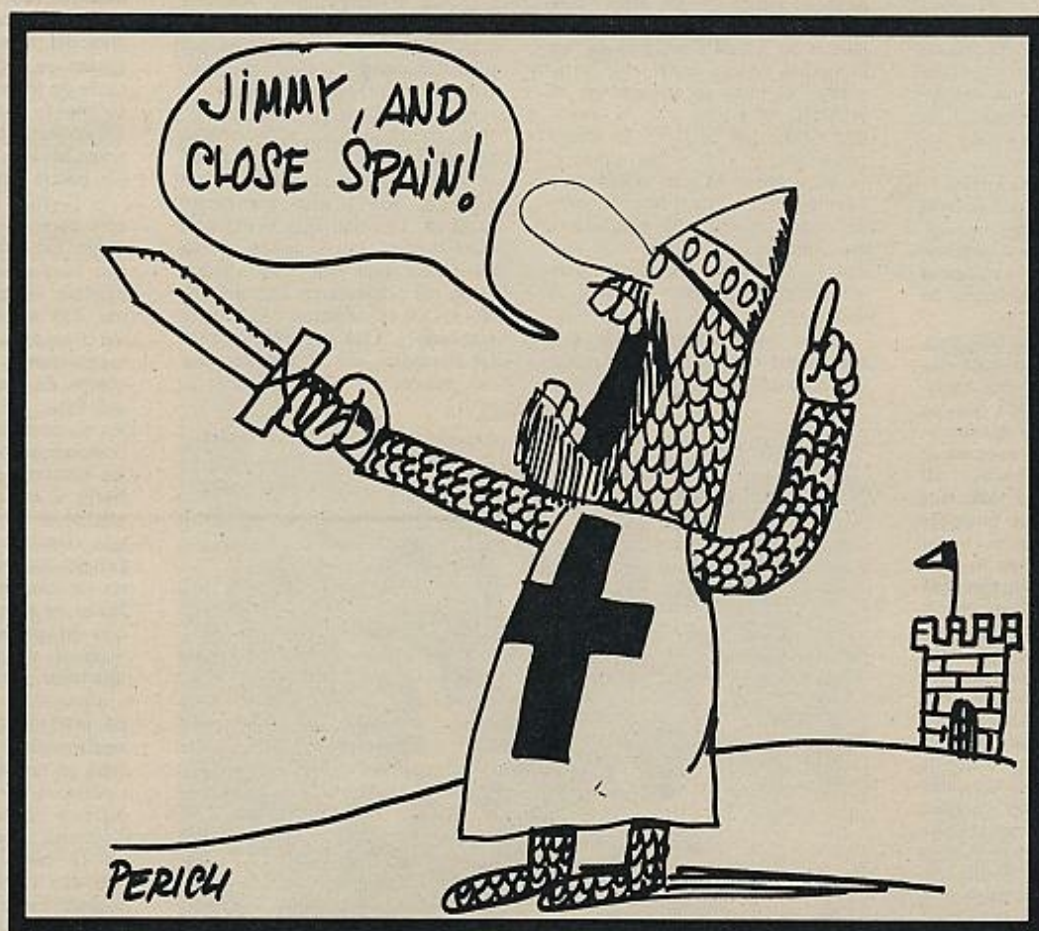
E. I.—Todo el Occidente europeo está contra Norteamérica. Sin embargo, los Estados Unidos han hecho mucho por Europa. Ellos, por ejemplo, la han salvado del nazismo. Esa es la razón por la cual los franceses odian a los norteamericanos. Y también los ingleses. En cambio, todos los países del Este, los intelectuales rusos, los polacos, los húngaros, los checoslovacos, los alemanes del Este, los rumanos, creen en América del Norte y quieren ser salvados por ella de la Dictadura. La prueba es que cuando un Presidente de los Estados Unidos, incluso tratándose de un personaje tan turbio como Nixon, va a esos países, es acogido con un entusiasmo indescriptible. Todo el mundo se precipita a su alrededor y espera que haga algo.

«A la vista de todo cuanto sucede, creo que ya no existen soluciones posibles. Una economía socialista ya no puede resolver las necesidades de la Humanidad. Ni un sistema capitalista, tampoco. Existió cierta esperanza cuando comenzó la industrialización, creyendo que ella resolvería todos los problemas. En el Oeste se pensó que la electricidad, la penicilina o la escuela comunal iba a resultar mucho mejor que el socialismo. Pero ya sabemos que eso ha fracasado y qué clase de calamidades ha traído: superpoblación, polución, la destrucción del entorno, etcétera. Hemos llegado a un punto en el que no existe ninguna solución.»

J. M.—Justamente es la palabra solución la que molesta. Si las cosas no marchan, hace falta una voluntad crítica que modifique la situación en un proceso, a menudo incierto, de cambio. ¿Y cómo podría nadie comprometerse en ello, si se parte del dogma de la imposibilidad de evitar la catástrofe? Esto es tanto como volver al interesado principio de la fatalidad. No se puede, me parece, decir que una persona está enferma y condenar a cuantos intenten devolverle la salud. El rechazo que usted hace de profetas y de soluciones absolutas, su análisis de las degradaciones políticas de nuestro tiempo son proposiciones activas, aunque no se compartan sus conclusiones. No veo tan clara su condenación sis-

# ¿Sabía Vd. qué?

**Carlos V inventó el Mercado Común.  
Esquilache fué el precursor de Balenciaga.  
La princesa de Eboli, era Moshe Dayan.**



Esto y muchas cosas más por primera vez en letras de molde en la

# HISTORIA DE ESPAÑA

(vista con buenos ojos)

Con: Forges, Perich, Cesc, Máximo, Martín Morales,  
Vallés, Guillén, Nuria Pompeia, Vázquez  
Montalbán, Álvarez Solís, Juan Marsé, Maruja  
Torres, José Ignacio Parada, José Martí Gómez.

¡Oiga! Deje de leer y vaya a comprar uno.

Fascículos  
Encuadernados-  
Secuestrables  
a bastante color.

## DIALOGO POLITICO CON EUGENE IONESCO

temática de cualquier afirmación de futuro y de vida.

E. I.—Como decía en mi conferencia, ocurre una cosa muy extraña. La gente hace revoluciones por la libertad y la justicia, y, en nombre de ambas, instala la injusticia, la tiranía y la miseria. Se tiene la impresión de que los hombres esconden otro pensamiento detrás de lo que parecen pensar conscientemente. Cuando oigo decir a los hombres que quieren ser libres, sé, por lo que he visto y por la catástrofica experiencia de los últimos siglos de Historia, que lo que realmente quieren es volverse contra sí mismos. Eso era lo que inconscientemente deseaban: un orden más duro. Lo que ha molestado a las gentes parece ser que ha sido la existencia de ciertos regímenes delicuescentes, de un vago liberalismo, y que ha sido contra esa falta de orden, contra su delicuescencia, contra lo que se han rebelado los hombres, aceptando la tiranía en nombre de la libertad y conformando regímenes invivibles.

J. M.—¿No cree que hay cierta contradicción entre su crítica de la Historia y la fatalidad última con que la acepta? Volviendo al punto anterior, ¿qué ha pensado al ver a los niños hambrientos de Bogotá? ¿Simplemente, que nuestra sociedad era horrible? ¿No ha pensado que debería hacer algo para evitarlo? Y no hablo de soluciones, de religión ni de limosna, sino de compromisos y responsabilidades concretas.

E. I.—¿Qué hacer? Habría que buscar un nuevo sistema de distribución de las cosas.

J. M.—Esa es la cuestión. Y el que fallen unos u otros sistemas no exime a nadie de esa búsqueda.

E. I.—Yo estuve en Venezuela algún tiempo. No mucho, pero el suficiente para descubrir que la miseria estaba un tanto atenuada, gracias a los norteamericanos, imperialistas y todo eso, que han instalado oficinas, industrias, fábricas, etcétera. Es evidente que esto no lo habían hecho por filantropía, sino para ganar dinero. Pero ello permite vivir, mal que bien, a los desventurados venezolanos. Es decir, que la hegemonía económica norteamericana no debería ser necesariamente condenada, a menos que nos planteemos la cuestión desde un punto de vista estrictamente moral. Son contradicciones...

J. M.—También yo he pasado en América Latina últimamente varios meses. Sólo cuando uno está en Colombia, en Venezuela, en la colonia de Puerto Rico, descubre la enorme potencia económica de los Estados Unidos. Antes hablábamos de Bogotá. Pues bien, la prosperidad de la United Fruit Company forma parte de la miseria colombiana. Los datos son precisos. Una buena parte de la riqueza del país ha ido a manos de compañías norteamericanas.

canas. Ello, aparte de la intervención política y de la violencia que la defensa de estos intereses extranjeros ha traído consigo.

E. I.—Rusia ha ocupado una serie de países, en los cuales la miseria es flagrante, porque gran parte de sus bienes económicos se los llevan los rusos. Es el mismo imperialismo con otro nombre.

J. M.—En tal caso, un mal no podría justificarse con otro. Habría que combatir también esa manifestación imperialista.

E. I.—¿Cómo? No se tiene petróleo, los grandes países son más ricos...

J. M.—En Venezuela, por ejemplo, tienen petróleo y riqueza. La pobreza se debe a que ese petróleo y esa riqueza no han beneficiado a la mayoría del pueblo venezolano. En América Latina hay mucha gente que no cree que deba aceptar eternamente su hambre y que ha descubierto que no debe vivir de la prosperidad norteamericana.

E. I.—Es posible que la industrialización, en la que el hombre puso tantas esperanzas, sea finalmente un gran error. Ya no se puede detener ese proceso, que algunos califican de progreso técnico y que es nuestra desgracia. Soljenitsin, un socialista antisoviético, de religión ortodoxa, propone que regresemos a comienzos del siglo diecinueve, antes de iniciarse la industrialización. Pero eso es imposible y debe ser visto también como una utopía. No podemos volver a la civilización de la madera, porque no hay bastante madera; no podemos volver tampoco a la agricultura... Quizá se trate de la crisis de una civilización. En el pasado hubo muchas civilizaciones que hoy están ya muertas.

J. M.—Eso es muy importante y quizá no debiera ser contemplado con pesimismo. A menudo, las civilizaciones han sido suplantadas por otras debido a la degradación de sus valores o al hecho de que las nuevas sociedades eran superiores. Ahora mismo existen varias culturas, aunque Occidente tenga siempre la tentación de creerse la única. De llevar el problema a este punto, adquiriría un tono solemne, grave, pero no necesariamente negativo. Quizá el avance consista en desembarazarse de esquemas, valores y principios que se adscriben a nuestra civilización y se revelan negativos para que ese avance se produzca.

E. I.—Los hombres de cada tiempo tienen su experiencia.

J. M.—Podríamos concretar cuanto hemos dicho. Para mí, en su discurso hay un aspecto positivo. Sería su valor crítico, su intento de denunciar ciertas degradaciones de los sistemas políticos. Pero a la vez, y esta sería la expresión de un pesimismo muy propio de cierta «intelligentsia» crepuscular, en-

cierra una condenación de cuantos, a la vista del mundo, en lugar de limitarse a profetizar su apocalipsis, intentan hacerlo habitable. Entiendo además que su posición es posible, porque puede usted, en cierto modo, contemplar el mundo, reflexionar sobre él, sin que las opciones inmediatas le impulsen a la acción.

E. I.—Yo no puedo dar una solución. Tampoco pueden darla personas más capaces que yo. Nadie puede dar una solución. Pero yo intento obligar a las gentes a ser un poco más críticas y a que no crean en su ideología. Es decir, yo rechazo todas las creencias absolutas, todas las religiones modernas, como el marxismo, el maoísmo, el desarrollo económico como fuente de felicidad, etcétera. Se trata de una invitación a ser más circunspecto y a no embarcarse en aventuras enormes, que sólo pueden conducir a la pérdida de la libertad, a la sumisión de la mayoría, a las pequeñas minorías privilegiadas, rusas, americanas o de cualquier otro lugar. He hecho lo que creía que debía hacer dentro de mis modestas posibilidades, quizá sólo para unas pocas personas. No creo que pudiera hacer más.

J. M.—Tal vez ese sea un punto mal entendido en su conferencia. En varios periódicos de Madrid acabamos de leer comentarios sobre lo que usted dice. Y casi todos subrayan el carácter apocalíptico de sus palabras, su invitación a la pasividad antes que a la autoexigencia crítica, a la necesidad de no dejarse atrapar por ningún credo absoluto. Quizá usted se expresó mal.

E. I.—Evidentemente, yo soy muy escéptico y muy pesimista. Creo que todo el mundo se equivoca y que yo me equivoco aún más que los otros...

J. M.—Ha dicho usted que todos los políticos son paranoicos.

E. I.—Tras la aparente voluntad de establecer la justicia, lo que de verdad existe es un deseo de poder. Y el poder corrompe, sustituyéndose simplemente los sistemas autoritarios en decadencia por nuevos sistemas autoritarios mucho más duros y violentos. La Revolución Francesa fue posible porque los privilegiados habían perdido la confianza en sí mismos. Poseían una mala conciencia. Y es en el momento en que una sociedad se relaja, se liberaliza, es decir, cuando ya no vale la pena hacer la revolución, cuando, en cambio, ésta se hace para reestablecer una jerarquía dura e inflexible. No soy un sociólogo ni un economista. Constató como escritor la terrible angustia que existe en el mundo e intento explicármela.

J. M.—Perdone, Ionesco, que insista. Su obra contiene un elemento vital, progresivo, en tanto que usted ha estimulado la libertad, la imaginación, frente al cliché, fren-

te a las formas estéticas cerradas, frente a las interpretaciones rutinarias de la vida propuestas por el teatro burgués. Paralelamente ha ido usted elaborando un discurso ideológico que se proyecta como una defensa de la muerte, como una invitación al pesimismo radical.

E. I.—Ese escepticismo me da una cierta libertad y una cierta alegría. En él descargo mis angustias... Y así es. Y mañana veremos. En todo caso, yo creo que nada puede arreglarse, porque aun cuando mejoráramos la sociedad, continuaría el problema fundamental, el problema existencial, el problema metafísico, el hecho de que una sociedad no pueda evitar la muerte, la vejez, la infelicidad, etcétera. Ninguna sociedad puede mejorar nuestra condición existencial, metafísica. Y esos problemas son fundamentales.

J. M.—Volvemos, de un modo lógico, a los muchachos que comían las sobras en un restaurante de Bogotá. Es cierto que ninguna sociedad hará felices a todos sus miembros, porque muchos y serios problemas del hombre escapan a este orden de valores. Pero otros no. Serían, pues, dos planos, que en bastantes puntos se conectan —¿quién podría negar que la injusticia nos hace desgraciados e impulsa un proceso interior que acaba pareciendo metafísico?— y en otros no. Pero creo que el hecho de que exista la muerte como tragedia existencial no puede justificar que nos matemos los unos a los otros, que nos violentemos los unos a los otros.

E. I.—Sí, son dos órdenes de valores. Pero no puede decirse vamos a resolver lo inmediato y ya pensaremos más adelante en nuestra condición metafísica. Dabe hacerse a la vez.

(Es cierto. Pero, ¿puede pensarse en ese orden metafísico cuando está en juego la supervivencia y la mínima afirmación personal?)

Acaso ciertas ideas de Ionesco valgan como crítica moral de la sociedad de consumo. Aunque, precisamente por ser sólo crítica moral, no se pregunte por los orígenes de esta sociedad, por los intereses concretos que alimentan su desarrollo, y, sobre todo, por el reparto de papeles en el mecanismo económico y político que la sustenta.

En última instancia, parece que sólo en un orden social más justo podrá alcanzar la inmensa mayoría de los hombres esa conciencia existencial y esa serenidad crítica por cuya ausencia gime Ionesco. Primero vivir, luego filosofar, dijeron ya los antiguos, mucho antes de que llegaran las disyuntivas de nuestro tiempo. Quizá, sencillamente, es que seguimos ahí. Y que muchos luchan por vivir cuando otros están en situación de filosofar.) ■ J. M.